



El destino final de Dayu Matsumura

Ángeles en Tokio III

Naru Ishida

No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.

www.naruishida.com



Capítulo 32

Ocho segundos y medio

Al haber arrancado sus alas, Dayu Matsumura no solo había roto con lo que creía que era, un ser siniestro y oscuro, sino con su propio orgullo. Y todo fue gracias al aviso de Álex y del propio Seiya que habían viajado en el tiempo para advertirle, poniendo en peligro sus vidas. Finalmente lo había comprendido, aunque se había arriesgado mucho, pues en ese instante, al no poseer sus alas, había roto un vínculo importante y ya no disponía de poder. En ese momento, era lo que siempre había querido ser, tan solo un humano, simple y corriente, y eso, le hacía ser totalmente vulnerable.

El propio Azazel se había quedado sorprendido, no obstante, sabía que aquello le daba ventaja.

— Me lo pones demasiado fácil, hermano. ¿Qué pretendes demostrar con tal acto? Mírate, ahora no eres nada, tan solo un despojo humano. Pero eso hará que resulte más sencillo poseerte.

— No... No le escuches... Estoy seguro de que has hecho lo correcto. — le susurró Seiya mientras ambos se ponían en pie. Alrededor de ellos aún permanecían el resto de los demonios ancestrales, pero estaban inmóviles, obviamente controlados por Azazel— Has realizado un gran sacrificio, y por ello, estoy seguro de que ganaremos.

Dayu le dedicó una sonrisa. Estaba un poco magullado y dolorido por haberse arrancado él mismo las alas, pero aún tenía esperanza.

— Vamos... — le retó.

Pero Azazel no quería ensuciarse de momento las manos y además, había llegado a un acuerdo.

— Saito. Abre la caja. — ordenó.

Sin comprender qué hacían, Seiya y Dayu observaron como Saito sacaba de un escondite una caja bien labrada. La abrió y se la mostró a su Señor.

— Eso es...

— En efecto, es la daga de la Luz. — Continuó Azazel— Y con ella, Dayu Matsumura, vas a morir. Esta daga contiene mi sangre. Una vez que esta corra por tus venas, obtendré todo lo que siempre he anhelado, todo lo que me robaste.

— Ni hablar...

Tomando la daga en su mano, Azazel cerró los ojos y pronunció un conjuro mientras pasaba la mano libre por encima de la misma. Se la dio a Saito, que la tomó ya sin ningún peligro para él. Dayu no entendía nada pero observó con estupor que era su antiguo maestro quien se dirigía a él, daga en mano. Dayu se puso en guardia alzando la suya. Ambas dagas enfrentadas entre sí.

— En serio, ¿por qué coño tenemos que pelear siempre entre nosotros? Joder Saito, ¿no ves que te está manipulando? ¡Despierta de una maldita vez!

— Cállate estúpido. No entiendes nada...

Arremetió contra él y comenzaron a luchar dentro del círculo de los demonios ancestrales que observaban con gesto neutral todo cuando sucedía. Y cada vez que las dagas chocaban, estas emitían un fuerte chasquido.

— ¡Seiya! Pase lo que pase, ¡no intervengas en esto! — ordenó Dayu mientras intentaba esquivar todos los ataques de Saito. Era muy rápido, demasiado. Se notaba que luchaba al cien por cien.

Seiya asintió y se resguardó un poco detrás de un muro medio derruido, observando aquella inusual pelea. No obstante, no parecía muy sorprendido. Tragó saliva y apretó los puños, expectante.

Pelearon bastante igualados, aunque Saito destacaba más en su empeño de atacar mientras que Dayu lo único que podía hacer era defenderse. Hasta que finalmente, su maestro le apresó por la espalda.

Saito le sujetó con firmeza y mantuvo la punta de la daga junto a su pecho, a punto de ser atestado. Matsumura no daba crédito, aquello sí que era una auténtica pesadilla. Pero la respuesta llegó clara a su cabeza, confiaba en él ciegamente y por tanto, en todo lo que hacía, por lo que le siguió el juego.

— Joder... ¿no te estás pasando un poco? —bromeó hablando dificultosamente, pero Saito le sujetaba con extrema fuerza y realmente su mirada era más afilada y seria. Dayu no sabía a donde pretendía llegar con todo aquello. Se negaba rotundamente, a pesar de la situación, a creer que le estaba traicionando de verdad.

— Esto no es un juego, Matsumura —dijo Azazel acercándose un poco— Por mucho que adores y veneres a tu maestro, el sigue tiene un contrato conmigo y eso hace que siga bajo mis órdenes.

A poca distancia, Seiya mantenía ahora un gesto neutral a pesar de ver aquella situación tan jodidamente extraña.

Dayu no quería creerlo, no podía pero tenía que cerciorarse.

— Saito, sigo confiando en ti, pero sí de algún modo él te está manipulando no tiene ninguna maldita gracia. Además, en ese diario...

— ¡Cállate! — rugió. — No lo estropees Matsumura. Él me la ha devuelto y yo voy a servirle, ese es el maldito trato. Obtendrá parte de mi poder.

Dayu no replicó. Sin decir nada más, Saito le atrajo más hacia sí, pegándole el pecho contra su espalda. Entonces Matsumura sintió sus latidos, fuertes y rítmicos del que había sido su maestro. Aquellos latidos sonaban de una forma distinta, quizás con más fuerza. Fue lo último que percibió, antes de sentir como la daga atravesaba su pecho de una forma brutal y certera, justo en su corazón.

La garganta de Dayu emitió un leve gorgojeo, sus ojos estaban desorbitados, tosió sangre. Azazel sonreía con una mueca extraña. Seiya comenzó a temblar, faltaba poco.

"No creas lo que ven siempre tus ojos".

— Ahora ya estamos en empate, maldito cabrón. —susurró Saito en el oído de Dayu. Sus palabras parecían ir cargadas de veneno y las mejillas de Dayu se cubrieron finalmente de lágrimas.

— Ya sé lo que pretendes... —dijo con dificultad. A pesar de la situación, Dayu sonrió levemente. Finalmente cerró los ojos, ladeando la cabeza contra el hombro de Saito. La sangre de Lord Azazel comenzó rápidamente a llenar sus venas, haciendo que estas adquirieran un tono negruzco visible a través de la piel. El Señor de las Tinieblas sonrió.

De pronto, Seiya corrió hacia ellos enfurecido, en una expresión que jamás se le había visto en su rostro de niño angelical.

— ¡Suéltale! — Rugió — ¡Suéltale bastardo hijo de puta!

Al oír aquellas palabras, Saito pareció sorprenderse, pero no le dio tiempo a reaccionar, Seiya se abalanzó contra él consiguiendo tumbarle a la primera. Forcejearon y rodaron unos metros ladera abajo, fuera del alcance de los ojos de Azazel por unos segundos. Pero en lugar de seguir luchando, ambos hicieron algo extraño. Seiya quedó encima de Saito y este se aferró a sus brazos. Se miraron fijamente, totalmente quietos.

— Ahora chico. — dijo Saito en un imperceptible susurro. Seiya cerró los ojos con fuerza, se sujetó a él y desaparecieron.

Cuando volvieron a abrir los ojos, estaban a escasos metros de la pelea. De no ser porque estaba hecho a la idea, a cualquiera le habría dado un shock de verse de repente a sí mismo, pero Saito no tenía tiempo para cuestionar, realmente no tenía mucho tiempo, tan solo unos segundos, y más concretamente, ocho segundos y medio. Era el tiempo que le había dado Seiya.

— ¿Bastardo hijo de puta?

Seiya se encogió de hombros, sonrió.

— Ya es la hora. — anunció.

Ambos observaron la misma situación que hacía escasos minutos habían vivido. Saito sujetaba a Dayu por la espalda, pero otro Saito estaba a pocos metros, y no saldría hasta que Seiya le diese la señal.

De repente, observaron como Dayu estaba a punto de morir, Saito levantó la daga y la mantuvo en el aire. En aquel instante todo se congeló, aunque realmente el tiempo pasaba, muy despacio. El efecto del tiempo bala.

Seiya dio la señal. En ese instante Saito únicamente contaba con ocho segundos y medio...

El Saito del futuro corrió velozmente hacia donde se encontraba él mismo junto con Dayu. Ambos parecían estatuas. Contemplar aquello era realmente grotesco, pero no pensaba en ello. Solo tenía aquella oportunidad y no podía permitirse el lujo de fallar. Mientras corría,

introdujo su mano por debajo de su camiseta y se arrancó el collar que llevaba al cuello. La botellita con la sangre de Seiya.

Siete segundos...

Se puso delante de ambos y tomó la daga que su otro yo mantenía en el aire. La vació de la sangre que contenía y la llenó con la de Seiya.

Cuatro segundos...

Volvió a poner la daga en su propia mano, en la misma posición. Luego se observó a sí mismo y sopló un mechón de su propio flequillo para que no le tapase los ojos.

— Mejor así.

Dos segundos...

Uno...

Seiya ya estaba a su lado, se abrazaron y desaparecieron.

Cero.

Algo extraño ocurría, pues a pesar de que Dayu parecía muerto, Saito seguía sosteniéndole con firmeza, aún mantenía la daga dentro de su pecho, de su corazón, y con el otro brazo le sujetaba firmemente sus hombros, los cuales comenzaron a emitir un leve destello dorado, justo donde Saito mantenía su brazo.

Lo que vino a continuación a penas se podría describir con palabras. La sangre de Seiya fluyó a través de esa daga directamente al corazón de Dayu. Saito había llevado siempre consigo aquel frasquito en una cadena rodeando su cuello, hasta el momento en que debía de utilizarse. Y todo gracias a Seiya. Y a la vez que la sangre penetraba, inundando y purificando el alma de Dayu, Saito le sostenía sanando al mismo tiempo la herida que le había abierto.

Una vez que se cercioró de que se había vaciado el contenido de la daga, sacó la misma y taponó la herida con la mano, un resplandor dorado salió de la misma. Azazel enarcó una ceja.

— Está muerto, ¿por qué cierras sus heridas? —bramó confuso.

No contestó. El destello dorado cesó y Saito dejó que Dayu se desplomase contra el suelo, aparentemente muerto.

Lord Azazel fue a comprobarlo. Le poseería justo en ese mismo instante pues no podía esperar más. Pero algo detuvo sus pasos. Una diminuta luz suspendida en el aire se plantó delante de él. La luz era pequeña y débil al principio, pero pronto se fue haciendo más grande, hasta adquirir el tamaño y forma de una persona.

— No, no es posible... — dijo Azazel retrocediendo un par de pasos, aún era inconsciente de que había sido totalmente engañado.

Reconoció aquella silueta, y cuando la luz cesó, aquel ser seguía brillando como si realmente la luz nunca se hubiese apagado.

Era Asgaard, Señor de la Luz y dueño del Paraíso.

Este le dedicó una fría mirada al demonio y se dio la vuelta para agacharse junto con Dayu. El momento había llegado. Azazel estaba paralizado.

Con sumo cuidado, Asgaard incorporó un poco a su hermano pequeño y este abrió los ojos, parecía muy débil. El Señor de la Luz se inclinó sobre su oído y susurró sin dejar de observar directamente a los ojos de Azazel, enfrente de él:

— La verdadera alma que debías de salvar, era la tuya. Tan solo tenías que perdonarte a ti mismo. Dayu Matsumura, Alexander... hermano... yo te absuelvo.

— No... — susurró horrorizado Azazel, que dio unos pasos hacia atrás.

No hubo tiempo para nada más, de forma repentina se levantó un fuerte viento que parecía provenir del propio Matsumura, como un remolino que se alzaba furioso en el aire a su alrededor. Todos contemplaron con estupor a excepción de los demonios que cerraban el círculo.

Dayu mantenía los ojos cerrados, inconsciente, pero no caía al suelo debido a la fuerza de ese viento, todo lo contrario, le enderezó y le alzó varios metros, quedando suspendido en el aire, sus brazos y piernas colgaban inertes.

Hasta que lo vieron claramente, los tatuajes de su cuerpo, sus llamas negras emitieron un leve destello, luego otro, parpadeante, hasta convertirse en unas lenguas de color dorado que estallaron en haces de luz. Azazel se cubrió la cara, pero no podía dejar de observar lo que ocurría. Dayu sintió una descarga eléctrica que envolvió su cuerpo, se enderezó y extendió los brazos en cruz cuando unas enormes alas emergieron de su espalda con fuerza. Esta vez eran más grandes y de un plumaje denso. Lo más extraño fue el color de las mismas.

Eran de color blanco.

Seiya lloraba mientras reía, se llevó la mano al pecho, su corazón latía con más fuerza que nunca por todo aquel amor que sentía hacía él. Había logrado su objetivo.

En un mar de confusión, Dayu abrió de nuevo los ojos y comprendió lo que había ocurrido. Observó un momento a Saito, el cual hizo un gesto de saludo militar con la mano a la vez que sonreía y a él... a Seiya Ryusaki, su amor. Luego observó a Azazel, dio un fuerte batir de alas y bajó en picado. Aterrizó a pocos metros de él y comenzó a andar. Su aura era visible, impresionante. Su pelo era más rojo y vivo, de un color eléctrico. Y aquellas inmensas alas... blancas como la nieve más virgen. Sus tatuajes seguían manteniendo un tono dorado destellante, la tierra vibraba a cada paso que daba. Lord Azazel sabía ahora a lo que se enfrentaba, por lo que dio un paso hacia atrás, vacilante. Dayu Matsumura tenía un gran poder y había despertado.

Sin más, Dayu, sin dejar de andar hacia Azazel, extendió los brazos con ímpetu y todos los demonios que se encontraban alrededor salieron despedidos hacia atrás como si hubiesen sido lanzados con una catapulta. No solo había adquirido su poder sino que este parecía haberse multiplicado. El Señor de las Tinieblas parecía haberse dado cuenta de este hecho y aunque intentó torturarlo a través de su mente, era imposible. Dayu Matsumura había roto totalmente su vínculo con él gracias a la sangre de Seiya. De este modo, comenzaron una lucha cuerpo a cuerpo. Dayu con ambas dagas y Azazel con una gran espada que hizo aparecer en su mano.

Mientras tanto, junto a Asgaard se personaron también Gabriel y Miguel, sus otros dos arcángeles. Los tres hicieron un círculo y unieron sus manos con un propósito. En un punto, dentro del círculo de demonios, se abrió una especie de brecha que distorsionó el paisaje. Un portal. Este se fue haciendo más grande y se levantó más viento. Aquella brecha comenzó a succionar todo cuanto les rodeaba, con tanta fuerza, que pronto los demonios ancestrales fueron hacia la misma sin poder detenerse. Hasta que fueron imbuidos y desaparecieron a través de la misma.

Tanto Saito como Seiya estaban resguardados detrás de un muro, pero cuando el viento comenzó a ser más débil, Saito no lo pensó dos veces, agarró a Seiya del brazo y tiró de él.

— ¡Chico, tenemos que alejarnos de aquí! — exclamó a la vez que se tapaba la cara con el brazo, debido a todo el polvo que se levantaba. Seiya miró con preocupación la pelea que mantenía Dayu con Azazel. — Créeme sabe cuidarse solito, pero ahora tenemos que alejarnos lo más posible.

Finalmente Seiya asintió y ambos levantaron el vuelo, yendo en dirección contraria a la colina donde se encontraba el resto: el Seiya del futuro, Álex, Kenji y Noriko, que permanecía aún inconsciente.

— Kenji... — Álex dejó de observar la pelea y se giró un momento — Eres el socio de mi padre, estás muy unido a él, ¿verdad?

— Sí claro, somos como hermanos, ¿por qué lo preguntas?

— Porque, bueno es extraño, en el futuro, en mi tiempo... él no habla de ti y nunca te he visto con él.

Kenji tan solo se encogió de hombros. Seiya observó un momento a Álex y abrió la boca un instante como para querer decir algo, pero la cerró y continuó observando aquella pelea. Aunque a priori parecía haber logrado su objetivo, aún no tenía claro como terminaría todo aquello.

Tras unos intensos minutos de pelea, Azazel arremetió con fuerza contra Dayu, pero este le frenó.

— ¿Qué ha ocurrido? ¡Deberías estar muerto! Además, hicimos un pacto Matsumura, tienes tu poder gracias a mí, ¡me lo debes!

— No te debo una miserable mierda, Azazel... mi poder no procedía del pacto en sí, sino de tu sangre envenenada que corría por mis venas. Finalmente lo he entendido, tan solo hemos sido tus malditos títeres, has utilizado a todos los que he ido amando para ponerlos en mi contra: Noriko, Saito, Seiya... haciendo incluso que terminase en algún momento con sus vidas. Noriko Hayashi murió por mi culpa, a Saito lo enviaste contra mi sabiendo que fuimos amantes, lo que me hizo asesinarle y Seiya... a Seiya tuve que decirle a los ojos que no le quería y arrojarle al maldito vacío. Nos has manipulado, desde el principio, y es hora de que pagues por todo el mal que has causado.

— ¿De veras crees que te va a resultar tan sencillo? —se jactó el demonio.

— Conozco tu punto débil.

Sin previo aviso, Dayu empotró a su rival contra una pared medio derruida y pegó su frente a la del demonio.

— Yo no soy tú, Azazel, ni una miserable parte. Ahora siente esto, hijo de puta...

Emociones, deseos, felicidad, vida, amor... todo eso se coló de inmediato en la cabeza de Azazel como si fuesen un maldito virus. Gritó. A continuación, sangre. El Señor de las Tinieblas observó con estupor que tenía ambas dagas clavadas en el corazón. Estas chirriaban, temblaban, emanaban humo blanco y negro. Y en el suelo, se fue formando un charco de sangre negra. Dayu aún mantenía las dagas en sus manos, sujetándolas con fuerza.

— Perdóname Asher... — susurró entre dientes, pues sabía que su verdadero hermano del mundo humano, ya estaba perdido, tal y como este había predicho.

A pesar de saber que iba a morir, Lord Azazel torció la boca en una tosca sonrisa. Pronto la piel del demonio comenzó a resquebrajarse y separarse del cuerpo, de tal forma que la levantó el viento como si fuese polvo, dejando así al descubierto la de su contenedor, Asher, que yacía muerto.

Fue el fin del Señor de las Tinieblas.

Dayu separó las dagas y se las guardó. Contempló un momento el cuerpo de Asher y se agachó junto a él. Cerró los ojos y se concentró. Ya nada podía hacerse.

— Siento tu pérdida, Alejandro.

Dayu se puso en pie y se giró. Se quedó un momento sorprendido, con la boca entreabierta, pero luego sonrió. Gabriel tenía una mano extendida para que Dayu se la estrechase, y así lo hizo.

— Yo también lo siento.

Gabriel sabía a qué se refería y tanto Asgaard como Miguel se sumaron a ellos. Dayu observó a su hermano mayor.

— No tuvo que ser una elección fácil.

— No, en absoluto, no lo fue. Pero al menos estuviste protegido. Rafael sacrificó todo lo que amaba para cumplir esta misión. Realmente no fue sencillo lograr engañar al Señor de las Tinieblas, pero lo hicimos.

— Ahora lo entiendo todo. Si Azazel hubiese descubierto quién era la prometida de Saito todo se habría jodido, nada le vincularía a él y yo no habría podido conseguir mi redención. Ahora comprendo su actitud de aquel día, cuando leí el diario. Hay que joderse... — dijo a la vez que se daba media vuelta, no querían que le viesen llorar. Y es que el mismísimo Dayu Matsumura no pudo evitar emocionarse. Toda la vida había creído que le odiaban y en realidad, le estaban protegiendo y ayudando a cumplir su destino. Todos lo habían hecho.

De pronto, algo hizo que los cuatro se girasen. Alguien se acercaba con pasos lentos y firmes. Asgaard abrió mucho los ojos y eso que no solía sorprenderse tan fácilmente, pues había detectado una gran fuente de poder.

A lo lejos, el Seiya del futuro también se sorprendió y puso las manos sobre la cúpula que le protegía.

— ¿Azazel? — dudó Dayu, pues de lejos se parecía. Sin embargo Asgaard negó con la cabeza.

La figura ya fue visible ante sus ojos.

— Lucifer... — susurró Asgaard.

— ¿Está despierto? Pero yo creía... — dijo Miguel con sorpresa.

— Está claro que Azazel engañó a Saito haciéndole creer que aún no estaba despierto. El muy canalla se dejó aquella baza para intentar ganar, a pesar de todo. Nosotros conseguimos engañarle sí, pero él también era muy listo. — dijo Asgaard.

Entonces, el Señor de la Luz observó el portal aún abierto y no lo pensó dos veces. Extendió los brazos hacia adelante y pronto aquel portal comenzó a succionar de nuevo, como si fuese un potente aspirador. Lucifer continuó caminando como si nada.

— Vas a tener que hacer algo más... ¿Crees que así te desharás de mi tal y como os habéis deshecho de mi hijo? Subestimáis mi poder, ángeles.

Tanto Gabriel como Miguel se sumaron a Asgaard e igualmente extendieron sus brazos para ayudarlo. El portal succionó más fuerte e hizo que Lucifer se detuviese. Ahora tenía el portal justo detrás suyo. Dio un paso hacia atrás.

— Vaya, estáis mejorando...

Aun así Lucifer hizo fuerza y consiguió dar un paso hacia adelante y luego otro.

— Mierda — dijo Dayu a la par que alzaba también los brazos para emplear el mismo poder. Los cuatro estaban en fila empleando toda su fuerza. Si Lucifer no caía a través de aquel portal, el mundo estaría condenado.

Estuvieron así varios segundos, incluso un interminable minuto, pero Lucifer no cedía y este sonreía socarronamente, aunque ya no avanzaba ni un paso.

— Asgaard... — dijo Dayu con dificultad— Tengo que emplear las dagas.

— No, serás arrastrado igualmente. No podemos cerrar el portal hasta que Lucifer haya desaparecido.

— Lo sé.

Asgaard observó un instante a Dayu con asombro. Aquello era una locura. Pero no le dio tiempo a discutirlo.

Todo ocurrió en una fracción de segundo. Dayu se dejó arrastrar hacia Lucifer y arremetió contra él clavándole las dagas.

Ambos desaparecieron a través del portal y este de inmediato se cerró.

Justo en ese instante, Saito se detuvo en su vuelo y observó a Seiya, quien también se detuvo.

— ¿Tú también lo has notado?

Seiya afirmó con gesto de preocupación.

— Dayu...

— Volvamos, rápido.

Así lo hicieron. A su vez, la reacción del Seiya del futuro fue de absoluto y total desconcierto.

— ¿Qué demonios está pasando? Esto no... Esto no debería haber sucedido... ¿Por qué?

Miraba a Álex como si este tuviese la respuesta, pero no la había. Dayu había desaparecido a través de aquel portal, y les preocupaba lo que aquello pudiese suponer. Luego Seiya observó que él mismo junto con Saito volvían a la escena. De inmediato hablaron con Asgaard.

— Seiya... no sé cómo decirte esto. Lucifer estaba despierto.

— ¿Lucifer? No es posible, si yo vi que...

Asgaard negó con la cabeza ante las palabras de Saito y continuó.

— Azazel también nos engañó. Realmente le había despertado y justo al morir, apareció. No conseguíamos introducirle en el portal, Alejandro nos ayudó y fue contra él. Creo que le clavó las dagas pero todo sucedió muy deprisa y Lucifer le arrastró con él. No pudimos evitarlo...

— Pero, podéis abrir de nuevo el portal, ¿no? ¡Hay que rescatarle! — suplicó Seiya.

De nuevo otra negación.

— No podemos hacer eso. Si Lucifer regresase, sería el fin. ¿No lo entiendes Seiya? Alejandro se ha sacrificado por el bien de la humanidad.

— ¿Sa... sacrificado? ¿A dónde conducía ese portal?

— A un lugar al que yo ni siquiera tengo acceso. Es una dimensión oculta, oscura, como la Nada.

A lo lejos, el Seiya del futuro se vio a si mismo derrumbarse, cayendo de rodillas, por lo que se temió lo peor.

— No... No es posible... ¿no pueden hacer nada? Álex, quita el escudo.

— No voy a hacerlo Seiya, lo sabes. Me obligaste a jurar que pasase lo que pasase no lo hiciera. No puedo dejar que intervengas, lo siento.

— ¡Maldita sea! — bramó con furia, llorando, pues no podía creer que hubiese fracasado en su misión.

Pero así era, le había perdido, por lo que aquel viaje, todo su esfuerzo, parecía haber sido en vano.

La caída fue larga, tanto, que llegó a perder la consciencia. Luego oscuridad, frío. No recordaba apenas nada de lo sucedido, tan solo se dio cuenta de que su cara tocaba con algo metálico. El ángel yacía boca abajo sobre un frío y duro suelo que reconoció al instante en cuanto despertó. Se levantó a duras penas, apoyándose en una de las rodillas. Se sentía muy cansado. Pero abrió los ojos como platos en cuanto confirmó el lugar en el que estaba. Era un sitio angosto y estrecho. Justo delante de él había un gran espejo.

— La celda de la eternidad... — susurró.

Ahora observó el techo, cerrado, cuando juraría que había caído a plomo. No sabía cómo había llegado hasta allí y tras dar unas cuantas vueltas en círculo, procuró calmarse y concentrarse. No era momento de perder los nervios.

Hasta ahora había intentado no mirar su reflejo en aquel espejo, pues no sabía lo que iba a ver. Se giró despacio y con los ojos cerrados.

— Soy un ángel de la Luz, de la Luz...

Abrió los ojos.

La visión que tenía ante él hizo que diese unos pasos hacia atrás, hasta quedar apoyado en la pared contraria. En el reflejo se mostraba a él mismo, pero con el pelo blanco y la piel más castigada, lejos de lo que es su belleza. Se tocó la cara y el reflejo hizo lo mismo. Estaba aterrado pero segundos después, frunció el ceño.

— Ese no soy yo. — susurró entre dientes. La visión que tenía delante se asemejaba más a la de Azazel. — No soy yo... — repitió — ¡ESE NO SOY YO! — gritó a la vez que se dirigía corriendo hacia el espejo, arremetiendo contra él con el hombro y haciendo que este estallase en miles de pedazos.

Entonces sucedió algo extraño. El ángel no cayó hacia atrás, sino hacia adelante, atravesando el espejo a la vez que lo rompía. Dio una voltereta y observó hacia atrás, para comprobarlo. Apenas si podía creerlo. Estaba al otro lado.

Sorprendido y a la vez confuso, el ángel caminó lentamente por un pasaje oscuro. Se guió por una pequeña línea de luz que había a escasos metros en el suelo. Al llegar, se dio cuenta de que estaba frente a una puerta. La luz que había al otro lado se escapó también a lo largo de todo el marco, haciéndose más intensa.

Sin pensarlo mucho, el ángel asió el pomo, pero justo antes de que pudiera hacerlo, la puerta se abrió sola, dejando que todo su cuerpo se inundase de aquella luz que le hizo cerrar los ojos por un instante.

El corazón le latía apresuradamente pues ya comprendía hacia donde le llevaban ahora sus pasos.

Dayu Matsumura atravesó la puerta y caminó despacio. La luz fue envolviéndole poco a poco, como una cálida manta, cubriendo todo su cuerpo, hasta perderse en ella.